

— Señor, el dinero se empleará no por la mano de un hombre de genio, pero sí por la de un hombre honrado.

— Si te vieses obligado á huir, escucha bien esto, Sarrantí.

Escuché.

— Me sería muy agradable que buscaras un refugio en la India: allí encontrarías cerca de Runjeed Sing Bahadour, á Mahradja de Lahore y de Cachemira, uno de mis más fieles servidores, el general Lebastard de Premont.

— Sí, señor.

— Le había enviado en 1812 para ver si en el momento que combatía á la Inglaterra, tentando el Oriente por el Norte como había hecho en 1798 tentándolo por Egipto, podía hacer otra revolución en Chandernagor, y de Runjeed Sing un Tippoo-Saib más feliz.

Han sobrevenido nuestros desastres y he separado mis miradas de la India; pero desde que estoy aquí he recibido noticias de mi fiel enviado; ha entrado al servicio del príncipe indio, pero no por eso está menos á mi disposición.

Si pues te ves obligado á huir, Sarrantí, huye hacia aquella vieja nodriza del género humano que se llama la India; comparte lo que te quede, cualquiera que sea la suma, con él; él no era rico y debe haber dejado en Francia una niña, de cuya educación debía encargarme yo si hubiera permanecido como emperador.

Hé aquí, mi querido Sarrantí, por qué te he denunciado, por qué te arrojo, por qué mando que te envíen á Europa lo más pronto posible. ¿Oyes, traidor?

Así pues, que no vuelva ya á oír hablar de tí más que cuando estés allá abajo.

Y el emperador me tendió su mano, que yo besé.

De allí á dos días partí.

Llegué á Francia. No ignoraba yo que, como todos los que venían de Santa Helena, iba á ser sometido á una severa investigación por parte de la policía.

Se sabía que yo no era rico; los cien mil escudos que llevaba podían excitar sospechas.

Vine á buscar á vuestro hermano y se lo dije todo.

Me nombró profesor de sus hijos y me autorizó para dirigirme á vos para la colocación de los cien mil escudos.

Sabéis lo que entre nosotros pasó con este motivo.

Ahora, al cabo de cuatro años que hace que he vuelto de Santa Elena, espero una ocasión de servir al emperador según sus deseos.

Se ha organizado una conspiración que debe estallar mañana; no puedo deciros quiénes son los jefes del complot, su secreto no es mío.

Lo que puedo afirmaros es, que los más ilustres nombres del Imperio van á intentar mañana la ruina del gobierno de los Borbones.

Ahora, ¿triunfaremos ó no triunfaremos?

Si triunfamos, nada tenemos que temer; porque somos los amos.

Si no, el cadalso de Didier nos espera.

Hé aquí por qué os he suplicado que saquéis los cien mil escudos de mano de vuestro notario, en papel, si era posible, en vez de oro.

¿Ahora teméis estar comprometido? Comienzo por deciros que no podéis estarlo; entonces hoy os escribo que negocios importantes me obligan á separarme de vos, y saliendo mal la conspiración mañana, me salvo de la manera que me sea posible.

¿Queréis ayudarme hasta el fin? Dadme á Juan, que es un fiel servidor, que tenga aquí mañana todo el día dos ca-

ballos ensillados, cada uno con cincuenta mil escudos en una maleta. Tengo en todo el camino, desde aquí á Brest, amigos ó compañeros que nos ocultarán; en Brest me embarco para las Indias, y voy, según las órdenes de mi señor, á reunirme en Lahore con el general Lebastard de Premont.

Ahora tenéis mi vida en vuestras manos, caballero; no os apresuréis á responderme. Voy á mi cuarto á poner todos mis asuntos en orden, á quemar todos los papeles que pueden comprometerme, y dentro de un cuarto de hora vengo á buscar vuestra respuesta.

Y al concluir estas palabras se levantó y salió.

En el momento en que él cerraba la puerta del corredor, se abrió la del cuarto de vestir, y apareció Úrsula.

Naturalmente lo había oído todo.

Temí que mujer, y poco simpática siempre á Mr. Sarranti, le rehusase toda ayuda en su fuga, é iba á adelantarme á su negativa, cuando con grande asombro mío á estas palabras que le dirigi:

— Lo has oído todo, ¿qué es preciso hacer? respondió;

— Es preciso hacer lo que te pide.

— ¿Cómo? repliqué.

— Te digo que es preciso darle á Juan, tenerle los dos caballos preparados, y rogar (iba á decir á Dios; pero rehusó sonriendo): y rogar al diablo que la conspiración salga mal, porque nunca se nos presentará ocasión como ésta de hacernos millonarios.

Me estremeci, y Úrsula me vió palidecer.

— ¡Oh! dijo, creía que era cosa convenida, y que no teníamos ya que volver á hablar de ello.

Después, con aquel tono imperioso que desde algún tiempo tomaba en ciertas ocasiones, dijo:

— Ocupaos sólo de una cosa, de recobrar vuestro contrarrecibo. Voy á enviároslo á fin de que no se pierda tiempo: yo me encargó de lo demás.

Y salió.

Un instante después volvió á entrar Mr. Sarranti.

— ¿Me habéis mandado llamar? preguntó.

— Sí.

— ¿Habéis pues reflexionado?

— Juan está á vuestra disposición, y desde el amanecer os aguardarán los caballos ensillados con el dinero en las maletas.

Mr. Sarranti abrió su cartera y sacó de ella un papel.

— Tomad, caballero, dijo, ahí tenéis vuestro contrarrecibo; desde hoy me doy por reintegrado de los cien mil escudos, puesto que se han sacado de casa del notario. Si las circunstancias me impidiesen volver á pasar por Viry, una palabra mía, si no soy prisionero ni muerto, os diría dónde me habiais de poner el dinero.

Cogí el contrarrecibo con una mano tan temblorosa, mi rostro había conservado tal palidez desde que Úrsula me había dejado entrever que contaba con la fuga de Mr. Sarranti para el cumplimiento de sus terribles proyectos, que vuestro padre notó mi emoción.

La interpretó, naturalmente, como una duda por mi parte en servirle.

— Veamos, mi querido Mr. Gerard, aun es tiempo de que reforméis vuestra resolución. Yo puedo dejar en este momento el castillo para no volver á entrar nunca en él; y puedo dejaros la carta que os he ofrecido, en que conste que sois ajeno á todos nuestros proyectos. Decid una palabra y os devuelvo la que me habéis dado.

Vacilé, pero aquella mujer había adquirido tal imperio

sobre mi vida, que no me atreví á hacer otra cosa que lo que ella me había ordenado que hiciese.

— No, le dije, todo está convenido; en nada cambiamos, pues, nuestras disposiciones.

Mr. Sarranti tomó mi adhesión por abnegación, y me apretó la mano afectuosamente.

— Me aguardan en París, dijo; tal vez me separo de vos para no volveros á ver: tal vez acabo de deciros adiós por la última vez; en todo caso, querido Mr. Gerard, contad con un reconocimiento eterno.

Y partió.

Por la noche comí con Úrsula como de costumbre.

No me atrevo á deciros lo que le prometí en medio de mi embriaguez, y qué crimen infame decretamos los dos juntos.

Mi única excusa es que no estaba en el uso de mi razón, que había perdido mi libre albedrío.

En fin, para servirme de la expresión de Úrsula, se había decidido la mañana del 19 de Agosto de 1820, que por la noche, á cualquier precio que fuese seríamos millonarios.

CAPÍTULO IX.

EL DÍA 19 DE AGOSTO DE 1820.

La mañana del día siguiente transcurrió para mí agitada con estremecimientos terribles, y aun cuando yo era extraño á la política, hacia votos muy ardientes porque la conspiración triunfase.

Me parecía que Úrsula no había hablado de crimen más que en el caso de frustrarse la conspiración y verse obligado á huir Mr. Sarranti.

Hasta las cuatro de la tarde conté todas las vibraciones del reloj, y todas resonaban en el fondo de mi corazón.

Cien veces miré el reloj que llevaba en el bolsillo; pasaba el día, y nada venía á turbar la tranquilidad ordinaria del retiro en que vivíamos.

Eran las cuatro de la tarde, íbamos á ponernos á la mesa; yo había notado ya que faltaban los cubiertos de los niños. Úrsula había decidido que comieran aparte.

De repente oí el galope de un caballo. Aquella vez no me engañaba.

Lancéme del salón al patio, en el que entraba Mr. Sarranti sobre un caballo, blanco de espuma, acabado de fatiga.

Al llegar junto á la escalera se cayó el caballo.

— Todo se ha descubierto, dijo Sarranti, no me queda otro recurso que huir; ¿ está todo dispuesto?

— Todo, dijo Úrsula.

En cuanto á mí, no podía responder, flotaba por delante de mis ojos una cosa, así como una nube sangrienta.

Desenredóse Mr. Sarranti de los estribos, vino hacia mí y me apretó la mano.

— ¡ Vendidos! ¡ denunciados! ¡ Oh! ¡ miserables! ¡ un complot tan bien urdido! ¡ una conspiración tan bien arreglada!

En este momento, llamado por Úrsula, venía Juan con los dos nuevos caballos.

Yo, sólo tuve fuerza para enseñarlos á Sarranti, diciéndole:

— ¡Huid en el instante mismo! ¡huid sin deteneros! vuestra seguridad ante todo!

Apretóme la mano, saltó sobre uno de los dos caballos, Juan sobre el otro, y por caminos de travesía se dirigieron á Orleans.

— Bien, murmuró Úrsula á mi oído, el jardinero todas las noches á las ocho se va á dormir á casa de su yerno en Morsang, de modo que estaremos solos.

— Solos, repetí maquinalmente, solos.

— Sí, dijo Úrsula, solos, puesto que como si hubiéramos podido adivinar lo que pasa, hemos tenido la precaución de desembarazarnos de Gertrudis.

El pronombre *nos* me recordó el crimen, al mismo tiempo que me hacía cómplice.

Un sudor frío corrió por mi frente.

Comprendí que había llegado el momento de reunir todas mis fuerzas, y luchar.

Pero hacia mucho tiempo que mi fuerza se había debilitado, y que me dejaba arrastrar, y ya no luchaba.

— Vamos, vamos á la mesa, me dijo Úrsula; se trata de no dejar escapar la ocasión que se presenta; tenemos pues necesidad de tomar fuerzas y aprovechémosla.

Yo sabía á qué llamaba Úrsula tomar, ó más bien darme fuerzas: entregarme á esos vértigos de la embriaguez, durante los cuales dejaba de ser dueño de mi mismo, y me parecía que estaba poseído por el demonio de la violencia y por el de la locura.

En estas circunstancias mezclaba Úrsula á mi vino un afrodisíaco que me tornaba casi insensato. ¡Había leído Úrsula en Suetonio, que cuando la hermana de Calígula, querida, parriecida é incestuosa, quería hacerle cometer un crimen, obraba de la misma manera? ¿Ó había adivi-

nado aquella mujer que llevaba en sí la ciencia y el principio del mal, que la cantárida era el equivalente del hipomano?

Ya la noche de la muerte de Gertrudis, había sentido aquella embriaguez furiosa que volví á sentir la tarde del 19 de Agosto después de comer.

Levantéme de la mesa á las ocho, en el momento en que empiezan á caer del cielo las primeras sombras de la noche.

Todo lo que recuerdo es una voz que repetía incesantemente á mi oído:

— Encárgate del niño, yo me encargo de la niña.

Y yo, embrutecido, insensato, vacilante, respondía:

— Sí, sí.

— Pero antes, me dijo la voz, preparemos todas las cosas para que parezca que ha sido Sarranti quien ha dado el golpe.

— Si, repetía, yo, es preciso que sea Mr. Sarranti quien parezca que ha dado el golpe.

— Entonces, ven, dijo la voz.

Conoció que me llevaban al gabinete donde estaba el bufete sobre el que escribía yo habitualmente, y en cuyo cajón había depositado los trescientos mil francos traídos de Corbeil, y entregados á Mr. Sarranti.

Cerró Úrsula el cajón con llave, después con unas tenazas hizo saltar la cerradura, de modo que pareciese que el cajón había sido forzado.

— ¿Comprendes? dijo.

Yo la miré con ojos embrutecidos.

— Te ha robado la suma que tu notario te había devuelto, y para robarla ha forzado el cajón, y ha partido.

En cuanto á los niños, entraron mientras descerrajaba

el cajón, y por temor de ser denunciado, se ha desembarazado de ellos.

— Sí, repetía yo, sí, se ha desembarazado de ellos.

— ¿CÓmprendes? repitió Úrsula impaciente y alegre á la vez al verme en aquel grado de embrutecimiento á que me había conducido.

— Sí, comprendo, pero él negará.

— ¿Volverá para negar? ¿Irán á buscarlo á la India? ¿Se atreverá á volver á entrar en Francia cuando está condenado á muerte como conspirador, como ladrón y como asesino?

— No, no se atreverá.

Por otra parte, seremos millonarios, y con millones se hacen muchas cosas.

— ¿Cómo hemos de ser millonarios? pregunté con la lengua envinada y los ojos empañados.

— Puesto que te encargas del niño y yo de la niña, repitió aquella mujer.

— Es verdad.

— Entonces bajemos.

Recuerdo que resistí, no ya en virtud de la razón, sino del instinto.

Me arrastró, y me hizo bajar á la gradería.

Los dos niños estaban sentados mirando al sol, que se ponía lentamente.

— ¡ Oh ! ¡ qué cosa más singular ! dije : ¡ me parece que el cielo está todo teñido en sangre !

Al verme los dos niños, se levantaron y vinieron hacia mí cogidos de la mano.

— ¿ Es ya hora de entrar, tío Gerardo ? preguntaron.

Causóme su voz un efecto extraño ; no pude responder, me ahogaba.

— No, dijo Úrsula, jugad aún, mis queridos pequeños.

¡ Oh ! esto, por ejemplo, dijo el moribundo, nunca lo olvidaré.

En medio de mi embriaguez, aun los veo á los dos, hermosos como ángeles del Señor ; el niño rubio, fresco, sonrosado ; la niña seria y morena, fijando en mí sus grandes ojos inteligentes, y pareciendo preguntarme por qué tenía la vista turbada, las manos temblorosas, y por qué daba traspies al andar.

En este momento sonaron las ocho. Oí cerrar la reja del parque : era el jardinero que se iba.

Miré en derredor de mí ; ya no estaba allí Úrsula.

¿ Dónde estaba ?

Respiré y me sentí aliviado. Tuve deseos de coger á los dos niños en mis brazos, y salvarme con ellos.

Y tal vez lo hubiera hecho, si no hubiese conocido que no podría sostenerlos, puesto que á mi solo me costaba gran trabajo tenerme en pie.

Además, en el momento en que murmuraba :

— ¡ Hijos míos ! ¡ mis pobres niños !

Volvió á presentarse Úrsula.

Tenía mi escopeta en la mano.

— Tomad, dijo, ahí tenéis vuestra escopeta, Mr. Gerard.

Y me alargó el arma.

Mi brazo se negaba á recibirla.

— ¡ Oh ! tío mío, exclamó el pequeño Víctor, ¿ vas á la espera ?

— Sí, dijo Úrsula, tenemos gente mañana, y es preciso que vuestro tío me mate dos ó tres conejos.

— ¡ Oh ! llévame contigo, tío mío, dijo el niño.

Me estremecí.

— ¡Pero toma tu escopeta, cobarde! me dijo Úrsula en voz baja.

La cogí.

— ¡Oh! tío mío, tío mío, yo estaré detrás de ti, y no haré ruido alguno; yo te lo prometo.

— ¿Oís lo que ese niño os pide? dijo en voz alta Úrsula.

Yo miré al niño.

— ¿Quieres venir? le dije.

— Sí, tío mío, yo te lo suplico; me has prometido, si era muy aplicado y bueno, llevarme un día contigo.

— Sí; ¿pero has sido muy aplicado, Víctor? preguntó Úrsula.

— ¡Oh! sí, señora, respondió concienzudamente el niño; y si Mr. Sarrantí estuviera ahí, él os diría que está muy contento de mí.

Se había dejado ignorar á los niños que su profesor había partido para siempre.

— Pues bien, entonces, si verdaderamente ha sido muy aplicado y bueno, dijo Úrsula, llevadle, Mr. Gerard.

— Si va Víctor, dijo Leona, yo también quiero ir con él.

— ¡Oh! no, no, exclamé vivamente, es ya bastante, es ya demasiado uno.

— ¿Oís, señorita? dijo Úrsula, vamos á acostaros.

— ¿Por qué acostarme? dijo la niña; prefiero aguardar la vuelta de mi hermano, y que se me acueste al mismo tiempo que él.

— Decid á esta niña una vez para siempre que deseáis que obedezca, y que no vuelva á decir quiero.

— Id con Úrsula, Leona, dije á la niña.

— Y yo, dijo el pequeño Víctor sumamente alegre, y yo voy con vos: ¿no es verdad, tío mío?

— Sí, ven, dije.

Me cogió la mano.

No tuvo valor para conservar en la mía aquella buena y pequeña mano que se confiaba á mí.

La rechacé.

— Marcha á mi lado, le dije.

— Delante, delante, gritó Úrsula, que se llevaba á Leona, quien con la cabeza vuelta, mirando hacia nosotros, decía con un acento que nunca olvidaré:

— Volved muy pronto, tío mío; vuelve muy pronto, Víctor.

También yo volví la cabeza y vi á la niña entrar y desaparecer en el castillo.

Yo, en aquel momento, rodeando el estanque, me encaminé con Víctor al parque.

Iba el niño, como le había dicho Úrsula, diez pasos delante de mí.

La noche estaba ya oscura; sólo que debajo de los árboles del parque, las tinieblas eran más densas aún que en otra parte cualquiera.

Corría el sudor por mi frente; mi corazón latía hasta el extremo de verme obligado á detenerme.

Cada cañón de mi escopeta estaba cargado con una bala.

Había hecho mucho calor durante los últimos quince días que acababan de pasar, y se hablaba de perros rabiosos que vagaban por las cercanías, y temiendo que pasase alguno, sea por la reja abierta de día, ó por alguna brecha que se hubiese olvidado ó descuidado reparar por la noche, había tomado la precaución de cargar mi escopeta con bala.

Úrsula lo sabía cuando me la había puesto en las manos. El niño marchaba rectamente delante de mí.

No tenía pues que hacer otra cosa que echarme la escopeta á la cara, llamar el gatillo, hacer fuego, y todo estaba concluido.

Dios mío! me habíais dado de antemano el remordimiento de aquella acción infame, porque dos ó tres veces llevé al hombro la culata de mi escopeta, dos ó tres veces llegué á tocar con el dedo en el gatillo, y dos ó tres veces bajé el arma diciendo:

— ¡ Imposible, Dios mío, imposible !

Durante uno de estos movimientos se volvió el niño.

Por pronto que bajé el arma vió que me la había echado á la cara.

— Tío mío, me dijo, creía que me habías dicho que nunca debía apuntarse á una persona ni aun de chanza, y que un niño había quitado la vida á su hermana por chancearse así.

— Sí, sí, tienes razón, hijo mío, exclamé, era para chancearme ; pero he hecho mal.

— Sé muy bien que era una chanza, dijo el niño ; ¿ por qué me habías de matar, tú que tanto amabas á nuestro buen padre ?

Lancé un grito.

Había sentido en la mente una luz como la de un relámpago ; creí que iba á volverme loco.

— Sí, tienes razón, Víctor, dije volviendo á echar mi escopeta al hombro, suspendiéndola del portafusil ; sí, amaba á tu padre ; vuelve á casa, Víctor, vuelve no caza-remos esta noche.

— Como quieras, tío mío, dijo el niño asustado del acento de mi voz.

Fuí hacia él, le cogí por la mano, y á través del bosque le conduje hacia el castillo.

Esperaba llegar á tiempo para oponerme á la muerte de la niña.

Por desgracia me encontraba á orilla del estanque. Para volver al castillo era preciso dar la vuelta alrededor del estanque, lo que nos retrasaba más de diez minutos, ó atravesarlo en la barca.

— ¡ Oh ! tío mío, vamos en la barca, dijo el niño, ¡ es tan divertido ir en barca !

Y saltó el primero en la barquita.

Yo le seguí vacilando.

El agua estaba profunda, tranquila como un espejo, iluminada por la luna que acababa de salir.

Cogí los dos remos, y remé rápidamente.

En aquel momento no tenía más que una idea : llegar á tiempo para impedir el crimen, y resultara lo que quisiera ; decir : *¡ No, no, no quiero !*

Estábamos á la mitad del estanque poco más ó menos, cuando oí un grito terrible.

Reconocí la voz de Leona.

Al mismo tiempo resonaron en la noche los ladridos de Brasil.

También él sin duda desde su nicho, donde estaba retenido por una cadena, había oído y reconocido aquel grito.

Otros dos gritos más desgarradores que el primero se dejaron oír, mediando algunos segundos de uno á otro.

Comprendí que llegaría demasiado tarde ; los niños estaban condenados.

Miré al pequeño Víctor.

Estaba muy pálido.

— ¡ Tío mío, tío mío, dijo, matan á mi hermana !

En seguida llamó :

— ¡ Leona ! ¡ Leona !

— ¡ Quieres callar, desgraciado ! exclamé.

— ¡ Leona ! ¡ Leona ! continuó gritando el niño.

Fui á él con la mano extendida y la mirada chispeante.

Al verme, de tal manera le asustó la expresión de mi semblante, que dudó si se tiraría ó no al agua.

No sabía nadar.

— ¡ Oh ! ¡ mi buen tío, dijo, no me hagas morir ! Te amo mucho, te amo con todo mi corazón, tío mío, y nunca he hecho daño á nadie,

Acababa yo de cogerle por el cuello de su vestido.

— ¡ Tío mío ! ¡ tío mío ! tened piedad de vuestro pequeño Víctor. ¡ Á mi ! ¡ auxilio ! ¡ socorro !

Detúvose la voz, mi mano se había ceñido en derredor de su cuello como un anillo de hierro,

Yo era presa del vértigo, había perdido todo conocimiento de mí mismo.

— No, no, le dije, estás condenado, es preciso que mueras.

Oyó, porque reunió todas sus fuerzas de niño para escaparseme.

En aquel instante se ocultó la luna tras una nube, y me hallé en la obscuridad.

Además, cerré los ojos para no ver.

Levanté el niño hasta por encima de mi cabeza, y como si su peso no bastase para hacerle desaparecer debajo del agua, le lancé con toda mi fuerza en el estanque.

Burbujeó el agua, se abrió como un abismo, y se volvió á cerrar.

Lancéme sobre los remos para ganar la orilla, pero en el momento que cogía uno en cada mano, reapareció el niño agitándose.

¡ Qué os diré, padre mío ? exclamó el moribundo sollozando, estaba ebrio, estaba furioso, estaba loco.

Levanté el remo.

— ¡ Oh ! miserable, exclamó fray Domingo levantándose, como si él, simple oyente, no tuviese fuerza para oír más.

— ¡ Sí, sí, miserable, miserable, infame ! porque aquella vez se hundió para no reaparecer más, y cuando la luna salió de detrás de la nube, iluminó la frente lívida de un asesino.

El monje había caído de rodillas, y oraba con la frente apoyada en el mármol de la chimenea.

Hubo en aquella fúnebre habitación algunos instantes de un silencio terrible.

Interrumpióse un instante aquel silencio por una especie de estertor que salía de la garganta del enfermo.

— Me muero, santo sacerdote, me muero, gemía el enfermo, y sin embargo, para la vida de vuestro padre en este mundo, para mi salvación en el otro, aun tengo muchas cosas que deciros.

ÍNDICE.

Pág.

CONTINUACIÓN DEL LIBRO CUATRO.

CAPÍTULO III. — La tumba de La Vallière.	5
CAP. IV. — Colombán	16
CAP. V. — Camilo.	27
CAP. VI. — Historia de la princesa de Vanves	37
CAP. VII. — La encina y la caña	48
CAP. VIII. — La gemma di Parigi	65
CAP. IX. — La marcha.	79
CAP. X. — Noche de tempestad.	89
CAP. XI. — El hombre propone	96

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO. — Camilo entre los Volsques	105
CAP. II. — Últimos días de otoño	114
CAP. III. — El que vuelve	125
CAP. IV. — El que se va.	135
CAP. V. — La leona herida	145
CAP. VI. — Donde cada cual comienza á ver claro, no sólo en su propio corazón, sino también en el del otro	155
CAP. VII. — Las almas asintotas.	160
CAP. VIII. — La resolución	169
CAP. IX. — La nidada de ruiseñores	178
CAP. X. — To die, to sleep (morir es dormir).	185
CAP. XI. — Una carta muy urgente	196
CAP. XII. — Las asfixias	204
CAP. XIII. — En derredor del lecho de Carmelita, y cerca del lecho de Colombán	211

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO. — Un filántropo de lugar	224
CAP. II. — La confesión	235
CAP. III. — Gerardo Tardieu	245
CAP. IV. — Donde un perro aulla; donde una mujer canta.	258
CAP. V. — Úrsula	266
CAP. VI. — La posesión	279
CAP. VII. — Continúa el mismo asunto	295
CAP. VIII. — El secreto de Mr. Sarranti	299
CAP. IX. — El día 10 de Agosto de 1820	512

